

Relatos sobre el hogar

Antología del Concurso de Cuento Breve 2025



Universidad
Finis Terrae

© Universidad Finis Terrae.
Santiago de Chile, diciembre 2025.
Todos los derechos reservados.

Relatos sobre el hogar
Antología del Concurso de Cuento Breve 2025
Varios autores

Edición: Dirección de Creación Artística
Diseño y diagramación: Jaime Cuenca R.
Corrección de texto: Escuela de Literatura Universidad Finis Terrae
Ilustraciones interior: Lucía Canala-Echevarría B.
Ilustración de portada: “Tendedero” 2020 Lucía Canala-Echevarría B.

Este libro digital se distribuye exclusivamente para uso interno en la comunidad de la Universidad Finis Terrae.

Licencia de uso: esta obra está bajo licencia Creative Commons Atribución–No Comercial–Sin Derivadas (CC BY-NC-ND).

Se autoriza su uso únicamente con fines educativos dentro de la comunidad universitaria.

No se permite su reproducción con fines comerciales, su modificación ni su circulación fuera del entorno institucional.



Relatos sobre el hogar

Antología del Concurso de Cuento Breve 2025



Universidad
Finis Terrae

Índice

6

Presentación

10

Cuentos ganadores

12

La silla de mi abuela | *Emperatriz Arrieta*

15

Señora Olivetti | *Lilibri*

19

Desde ese momento, se me detuvo el tiempo | *Joaco*

22

Menciones honrosas

23

Alianza | *Luna Desrosiers*

28

Cajones | *Coc*

31

Almas entrelazadas por recuerdos | *Luna Desrosiers*

33

Desde el rincón | *Efímera*

37

El Techo | *Coc*

42

La línea que quedó recta | *Walala*

50

Mamá no es Violeta ni Roberto Parra | *Constanza Francisca Aguilar Muñoz*

52

Sin título | *Joaquín Nieto*

57

Los cajones que no abrimos | *Sophia Abuhadba*

60

Tedy | *Alkaidstar*

63

Autores

64

Ilustradora

Presentación

Cada hogar guarda una constelación de objetos que acompañan, silenciosamente, la vida cotidiana. En ellos se anudan memorias y afectos que perduran más allá de quienes los usaron o resguardaron. Fotografías guardadas en un cajón, relojes que ya no avanzan, muebles que heredaron marcas y voces: cada uno contiene un relato posible.

Cuando convocamos al concurso de cuentos breves “Relatos sobre el hogar”, en el marco de la Semana de la Cultura 2025, invitamos a la comunidad universitaria a detenerse en esos signos mínimos que conservan una historia familiar y que, a través de la escritura, podían recuperar un lugar activo en la imaginación.

La respuesta fue diversa. Estudiantes, académicos, funcionarios y egresados enviaron textos en los que el hogar se volvió un umbral hacia recuerdos que habían permanecido suspendidos. Los autores y autoras que participaron lo hicieron desde perspectivas variadas, pero todos compartieron un mismo impulso: volver a mirar aquello que a veces pasa desapercibido y descubrir en un objeto cotidiano una huella que merece ser narrada.

El jurado —integrado por las académicas de la Escuela de Literatura Ana María Maza, Marcela Escobar y Francisca Lange— realizó un proceso de lectura atento, en diálogo con la comisión técnica que llevó a cabo la primera selección.

De esa lectura conjunta surgió un corpus final de relatos que destacan por su sensibilidad y su manejo del lenguaje. El primer lugar, *La silla de mi abuela*, de Emperatriz Arrieta, ofrece un acercamiento íntimo a un objeto que concentra afectos y temporalidades superpuestas. El segundo lugar, *Señora Olivetti*, de Charlotte Van de Wyngard, rescata desde la ficción la

vitalidad de una antigua máquina de escribir. Y el tercer lugar, Desde ese momento se detuvo el tiempo, de Joaquín Ordoñez, aborda con delicadeza lo que permanece en lo no dicho y en los gestos que marcan una vida.

El libro que hoy presentamos reúne los relatos ganadores y las menciones honrosas seleccionadas. Su publicación digital busca difundir estas voces y reconocer la potencia creativa presente en nuestra comunidad universitaria. Por ello, agradecemos a todos quienes participaron, al jurado y a las unidades organizadoras por su compromiso con esta iniciativa que fortalece el vínculo entre la creación literaria y la vida universitaria.

Anita Sanhueza

Directora de Creación Artística

Vicerrectoría de Investigación, Creación Artística y Doctorado

Universidad Finis Terrae

Diciembre 2025

*Ejercicio Verdaccio N°4 2020
Lucía Canala*





*Ejercicio Verdaccio N°3 2020
Lucía Canala*



*Ejercicio Verdaccio N°5 2020
Lucía Canala*



**Cuentos
ganadores**

1er Lugar

La silla de mi abuela

Emperatriz Arrieta

Este cuento destaca por el manejo de lenguaje sutil, fluido, íntimo alrededor de la silla como figura simbólica, como un objeto que atrapa y se lleva a los seres queridos. Resulta interesante el trabajo narrativo sobre la temporalidad en tanto exhibe una progresión del tiempo que es al mismo tiempo introspectivo.

La silla de mi abuela

El sonido del reloj, lento, muy lento; el ladrido de los perros y la madrugada asfixiante. Las noches frías de abril me llevan en retroceso. Volvimos atrás. Cortinas blancas, el tiempo detenido, pero el reloj continúa su curso. Ya pasaron años, y su asiento sigue vigente. El sillón en el que pasabas horas en completo silencio. Y me pregunto: ¿cómo se extraña la mudez de un ente plagado de arrugas, de un ente casi sin oídos, que ya ni siquiera caminaba? ¿Cómo existe nostalgia de un silencio que se mantiene? ¿Cómo el silencio puede cambiar tanto si siempre es inaudible?

Hay un rincón en la casa que casi nadie mira. Años y años transcurren, y solo es visible en abril. Observo tus lentes en el cajón, llenos de polvo; que, cuando te fuiste, eran sagrados y hoy habitan un cajón olvidado. Fotos borradas por el sol, una tumba llena de hojas secas y aguas podridas.

Recuerdo la noche de aquel mes. Tu lado de la mesa era inhabitable. Tu butaca estaba aislada, un espacio inmutable para mí, pero para el resto de los invitados al festín de despedida era una pieza de arte. Las noches pasaban, pero yo me quedaba quieta, mirando las cortinas blancas. Todos corrían, reían y lloraban. Todos te extrañaban, pero nadie volvió a visitar lo que era tu rincón. Ya no recuerdo sus nombres. Tus pertenencias fueron escondidas de nuestro dolor, evitadas por completo. Un lugar de la casa suprimido, inexistente para todos.

Los años pasaron, y tu lugar en la mesa fue reemplazado por papá. La silla giratoria iba en decadencia; las ruedas casi no funcionaban. Lo misterioso de esa estructura: parecía que quien se sentaba ahí estaba condenado a extinguirse. El asiento iba en descenso y pareció atrapar a mi padre. Un dolor familiar recorre mi pecho. Las mismas horas pasa en ese mueble, el mismo silencio, los mismos síntomas. Un cáncer lo escogió y se adueñó de

su cuerpo. ¿Cómo deshacernos de la maldición del asiento? ¿Cómo exiliar a la muerte que quedó en ella?

Papá no terminó de contar sus experiencias, y ya la butaca lo silenció. Qué desesperante es aproximarse a la muerte. Vuelve a ser visible el espacio, vuelve a ser expositivo. Todos saben lo que se acerca. Otro espacio que se aproxima a ser aislado, otro rincón inhabitable, otros lentes sagrados. Poco a poco me quedo sin asientos, sin casa, sin espacios.

Solo busco las cortinas blancas, mientras le ruego a Dios ser la próxima en sentarse en aquella silla.

2do Lugar

Señora Olivetti

Charlotte Van de Wyngard

Este relato posee un gran sentido de la narrativa y del detalle. El lenguaje está en función de la acción. La personificación de la máquina de escribir la rescata del olvido digital. Plantea originalidad en el tema y cierto dramatismo al otorgar condiciones vitales a la máquina.

Señora Olivetti

Bastaba pulsar una tecla para que Olivetti, en complicidad con Theodor, se abalanzara a la aventura de novelar. Las letras estaban ahí, perfectamente talladas, tipos alineados como un regimiento a la espera de una orden para marchar.

El sonido de las teclas de aquella máquina de escribir era algo recurrente por las noches. La puerta entreabierta del estudio permitía la salida del continuo teclear que a veces se hacía intenso, en concordancia con el relato que se fijaba en la hoja. También había momentos de pausas eternas, como si la inspiración se detuviera.

Sin embargo, había algo particular entre el usuario y la máquina. “Imposible de olvidar”, dice Lorenzo, nieto de Theodor. La conexión con la señora Olivetti —así la nombraba el abuelo —¡era mágica! Era un ritual cada noche: se sentaba frente a Olivetti, colocaba el papel asegurando que estuviera recto y alineado, luego movía el carro a la posición inicial. Tomaba un sorbo de agua y decía “Juntos vamos a plasmar una historia en el papel con la tinta que llevas en la cinta, como la sangre que corre por mis venas”. Y agregaba: “Señora Olivetti, mi corazón late fuertemente, así como tus bobinas giran con intensidad cada vez que pulso las teclas para dejar testimonio de un hecho”.

Pasaron algunos años. Lorenzo, a mediados de los años noventa, ingresó a la universidad. El frenesí por los computadores y la llegada de internet se había apoderado de los estudiantes de periodismo. Aunque no todos tenían los medios para tener un ordenador en casa, Lorenzo era uno de los privilegiados. Para ese entonces, Theodor ya era anciano; a veces tenía lagunas mentales, pero la mayoría del tiempo estaba lúcido, aunque depri-

mido. Pasaba horas observando el jardín por la ventana de su habitación. Ya no podía escribir debido a sus dedos doblados y fijos por la artritis. Aun así, la señora Olivetti seguía ahí, en la misma mesa de antaño.

Una tarde de domingo se produjo un apagón eléctrico. Lorenzo debía terminar un ensayo para su clase; aún le faltaba mucho por redactar. Entró al cuarto de su abuelo con la esperanza de continuar con su trabajo. Nunca había usado aquella máquina, pero tenía presente los pasos a seguir. Intentó colocar una hoja, la ajustó y luego se animó a teclear. Habían pasado al menos tres años desde la última vez que Theodor y la señora Olivetti se habían embarcado en una aventura narrativa. Sus teclas se hallaban un tanto endurecidas por la falta de lubricación. Ambos habían envejecido.

Mientras Lorenzo intentaba avanzar con la redacción, en un instante miró la hoja: tinte era muy pálido. Por más duro que pulsara las teclas, no se fijaban los tipos. Fue tal la frustración por no poder terminar que, en un minuto de enojo, empujó a la señora Olivetti de la mesa. Al caer al piso de madera, se movió todo su engranaje y saltaron las bobinas como las válvulas de un corazón. El estruendo despertó a Theodor; se agitó su corazón, como pudo se levantó y lo primero que vio fue a la señora Olivetti con sus partes desperdigadas por el piso. Días después, queda guardada en el desván con el resto de las cosas en desuso.

El tiempo siguió avanzando y llegó el siglo XXI. Era el momento de vender la casa familiar. En medio del alboroto de embalar las cosas, de seleccionar qué se iba a regalar y qué muebles vender, se decidió que todo lo del desván iría a la basura. Pero había un problema: la escalera para subir al altillo estaba muy dañada. Solo resistiría los cuarenta y cinco kilos de Laura, la hija adolescente de Lorenzo. Subió lentamente los peldaños y con delicadeza comenzó a bajar cajas, revistas, diarios y algunos juguetes. De repente, algo llamó su atención: vio un pequeño maletín entreabierto, se acuclilló para poder abrirlo. Se asombró al descubrir algo semejante a un teclado en un aparato extraño, pero como le encantaba investigar, in-

mediatamente busca en su celular la palabra Olivetti, que estaba escrita en una placa en la máquina... “Es un aparato para escribir”, entonces gritó a viva voz “¡Si! es la señora Olivetti”. Recordó un cuento que le había relatado su padre cuando era niña: “Erase una vez, en un castillo muy lejano, donde vivía la señora Olivetti...”

Laura amaba escribir. Plasmaba sus historias en la tablet y a veces en libretas, pero desde el día que conoció a la señora Olivetti, luego de repararla, decidió continuar escribiendo con ella. Con los años descubrió el palpitar que emanaba del interior de las teclas. Asimismo, cada vez que era poseída por la inspiración, su corazón latía tan rápido que podía sentir cómo la sangre se movía por sus venas. Al mismo tiempo, tan veloz pasa la tinta al papel, la señora Olivetti iba dejando su huella en los folios de la vida.

3er Lugar

Desde ese momento se detuvo el tiempo

Joaquín Ordoñez

Un dulce relato sobre lo no dicho, lo que no se pudo, lo que habría sido,
versus lo que es.

Desde ese momento, se me detuvo el tiempo

“Y desde ese momento... se me detuvo el tiempo”, eso me dijo él. Se detuvo a las seis. Así, de golpe. Como si también se hubiese quedado esperándome.

Ese reloj vivió mucho tiempo en su muñeca. Lo vi tantas veces en su brazo, marcando la hora con precisión, acompañándolo en la oficina, en la micro, en sus caminatas rápidas. Hasta ese día. El día que no llegué.

Francisco me había invitado a salir. Era nuestra primera cita. No teníamos celulares como los de ahora, solo teléfonos fijos, y ni siquiera nos habíamos intercambiado los números. Solo habíamos dicho “a las seis, en el Paseo Ahumada”. Nada más.

Pero esa tarde, al llegar del trabajo, me encontré con mi hijo —Alonso— de cuatro años, con fiebre. Tenía la piel hirviendo y el cuerpo pesado, y mi mamá, con cara de preocupación, solo alcanzó a decirme:

—Hija, el niño está mal—. Y ahí se acabó todo.

¿Cómo iba a salir si mi hijo temblaba en mis brazos? ¿Cómo iba a dejarlo, solo por una cita con alguien que ni siquiera sabía si volvería a ver? Me senté con él en el sofá, le pasé una toalla húmeda por la frente, lo abracé y me quedé. Me dolía el cuerpo de la pena, de la incertidumbre, pero más me dolía pensar que él —Francisco— iba a creer que no quise ir.

No tenía cómo avisarle. No podía pedirle a mi papá que llamara a nadie. Nadie sabía. Solo yo, Alonso, y ese reloj que ya había dejado de marcar el tiempo sin que nadie lo notara.

Me lo imaginaba parado en la esquina, buscándome entre la gente. Y yo

ahí, en mi casa, escuchando el soplido de la fiebre en la respiración de mi hijo.

Pasaron el sábado y el domingo como si no existieran. Y el lunes, cuando llegué al trabajo, lo vi. Sentado en mi escritorio, como si nada. Con su chaqueta, sus papeles, y el reloj puesto. Me saludó con calma.

—Hola —me dijo.

—Hola —respondí, casi en voz baja—. Lo siento... Alonso estaba enfermo. No pude. Con los hijos no se discute.

No me preguntó más. Me miró y sonrió. No necesitaba saber nada más.

Con el tiempo, nos fuimos acercando. Empezamos a salir. A querernos. A construir algo. Pero mucho después, cuando ya el amor estaba en lo cotidiano, me mostró el reloj.

—Ese día —me dijo— estuve tanto rato mirándolo que no me di cuenta de que se había detenido. Cuando volví a verlo, seguía marcando las seis. La hora en que se me congeló la espera. Y en ese momento, se me detuvo el tiempo. Desde entonces, no volví a usarlo.

Y me lo entregó. Sin dramatismo. Solo con esa ternura callada con la que él siempre hacía las cosas.

Lo guardé envuelto en un pañuelo azul, entre cartas y recuerdos. Lo miré muchas veces en silencio. No volvió a andar. Pero tampoco necesitaba hacerlo. Porque en esa hora detenida se escondía todo: el inicio de una historia, el gesto silencioso de elegir quedarse, el momento en que él entendió que yo no había fallado... había elegido.

Años después nació Joaquín, nuestro primer hijo juntos. Pero antes de él, ya existía este hogar, esta forma de querernos entre decisiones difíciles y pausas necesarias.

Hoy, ese reloj sigue quieto. No marca los segundos, pero sí el momento exacto en que todo empezó a moverse dentro de nosotros.



*Ejercicio Verdaccio N°2 2020
Lucía Canala*

The background of the page is a faded, low-contrast photograph of a modern building with a white facade and dark window frames. A large, leafy tree is positioned in front of the building, partially obscuring it. The overall tone is light and airy.

Menciones honrosas

Alianza

Luna Desrosiers

Todo está oscuro. Pequeños filamentos de luz se cuelan entre mis pestañas. Un quejido sale de mis labios secos, frunzo el ceño y parpadeo varias veces para acostumbrarme al resplandor. Cuando mi visión deja de ser borrosa, me encuentro con los ojos preocupados de un hombre unos años mayor que yo.

—¿Está bien, señorita?

Pregunta amable. “¿Por qué estaría mal?”, quiero decirle, pero un dolor en todo mi cuerpo me hace tragarme aquellas palabras.

—¿Le duele algo?

—Estoy bien.

Respondo, centrando todas mis fuerzas en no largarme a llorar frente a este completo extraño.

—¿Qué me pasó?

—Yo... No lo sé, pasaba por aquí y la vi, me acerqué para asegurarme de que estuviese bien.

—Ya veo... Gracias, no era necesario.

Balbuceo mientras intento ponerme de pie. Me tiende la mano para ayudarme con una sonrisa ladeada en sus labios. Decido ignorarlo; conozco a los hombres como él: al más mínimo roce creen que lo tienen todo ganado. Sus cejas se elevan, revelando que no entiende lo que acaba de pasar. Ninguna joven debe haberle rechazado una cortesía tan tenue como la que acabo de hacer.

—Debí desmayarme... Está bochornoso.

Resto valor a mi condición y, sin esperar nada, comienzo a caminar hacia casa, pero una mano en mi hombro me detiene; me aparto sin poder evitar hacer una leve mueca de dolor.

—Disculpe, ¿cuál es su nombre?

Una mirada incrédula se dibuja en mi rostro. Creí erróneamente que aquel desaire era suficiente para borrar cualquier interés que pudiera tener este desconocido sobre mí.

—Ester...

Respondo rápidamente con fingida seguridad y sigo mi camino.

—¿No va a preguntar por mí, Ester?

Me niego a decir palabra.

—Me llamo Hernán.

Le escuché, pero pretendí no hacerlo. Por suerte, no vivo tan lejos del cruce, y probablemente no veré más a Hernán; aquí en el campo todos nos conocemos, nunca lo he visto antes, debe venir de visita.

Sin darme cuenta, llegué a casa. Está vacía, mis hermanos están fuera, mamá y papá se encuentran en los parrales. Me quito el vestido empolvado para ponerme mi camisola y me acuesto a dormir.

El fino olor a tostadas recién hechas me despierta. Me estiro, el dolor corporal es más soportable que ayer. Mi estómago se retuerce del hambre; me acosté tan temprano por el cansancio que no cené, por lo que salgo sin siquiera cambiarme.

—Buenos días —digo, frotando mis ojos.

—Buenos días.

Aquella voz con un deje juguetón me hace girar rápidamente. Ahí está, sentado en nuestro comedor, como si fuera solo uno más en esta familia.

—¿Qué hace aquí?

—Es el hijo de los vecinos nuevos, trajo huevos y mermelada de regalo, así que lo invité a desayunar con nosotros, María.

Resuelve mi madre a mis espaldas. Hernán sonrío de forma casi burlona. “Esto debe ser una broma”, me digo. La tetera rechina y lo tomo como una oportunidad para voltearme, la llevo hasta la mesa y preparo un té.

—¿Se habían visto antes? — pregunta inquisidora mi madre.

—Yo...

—No, nunca lo he visto.

Me apresuro a responder, pero mamá no luce muy convencida. Doy un sorbo a mi té. La mañana parece eterna.

Ya han pasado dos meses. Al inicio creí que tal vez Hernán había aparecido por mera casualidad en mi hogar, y que, pese a vivir al lado, no me lo cruzaría con frecuencia, pero la realidad es otra: se aparece frente a mí cada vez que puede, usa a mis padres en mi contra porque los tiene en el bolsillo. ¿Voy a cosechar frutillas? Está allí. ¿Doy una vuelta por el pueblo? Me lo encuentro. Incluso en mi casa debo soportar su obnubilante presencia y su cortejo latoso.

Detengo mis pasos al oír risitas chillonas y parloteo molesto. Hernán está rodeado por tres chicas que he visto alguna vez. Ellas revolotean coquetas a su alrededor; él no se interesa realmente por lo hablan y solo ríe ante sus coqueteos. Aparto mi mirada en cuanto soy consciente de que llevo un rato mirándole, y paso junto a él sin prestarle atención.

—María, ¿no saludas? — Replica divertido, caminando junto a mí.

—Te veías... Ocupado.

—Nunca estoy ocupado para ti.

—¿Ah, sí?

—¿Estás celosa?

Se carcajea, y mis mejillas comienzan a arder sutilmente ante tal alucinación.

—¡Por supuesto que no!

—Me gusta tu cara enojada, María.

Me paro en seco, ahora completamente sonrojada.

—¿Por qué no paras de molestarme, Hernán?

—Porque me gustas, María.

Su voz retumbó en mi corazón, sin ningún ápice de duda, casi inocente. Me giro despacio, sus ojos me sonríen genuinamente y, por una vez, no puedo evitar creerle. Él lo entiende solo con ver mi expresión, pero no dice nada, mis manos se enredan en su cuello y planta un cálido beso en mis labios.

—Casémonos, María.

Susurra, su aliento tibio choca con mi mejilla y, por más locas que sean sus palabras, asiento.

—Casémonos.

La boda salió bien. Mi padre estuvo encantado de que Hernán pidiera mi mano, nos casamos en la parroquia de Calera de Tango, hace ya quince años de eso y desde ese día somos una pareja feliz...

—¿Por qué llegas tan tarde? ¿Dónde estabas?

—Trabajando.

—¡No me mientas! Estabas con otra mujer, te vi.

Rompo en llanto temblorosa. “¿Cómo pude confiar en él?”, me digo. “Debí saber que todo terminaría así cuando dijo tener los anillos de compromiso listos, pero luego los compró una hora antes de la boda”. Ríos descenden por mi barbilla, y él, en lugar de consolarme, decide marcharse azotando la puerta. Las pequeñas manos de mi hijo menor abrazándome mientras solloza son mi único consuelo. Miro la sortija en mi dedo anular, llena de pesar, el ahogo crece en mi pecho, me cuesta respirar, y en el desespero abro los ojos de golpe. Me enfrento a la oscuridad; una lágrima fría rueda por mi mejilla, mi cuerpo reacciona, una suave tela toca mis dedos. Estoy...

¿En mi cuarto? Todo lo que viví fue un sueño, o más bien un recuerdo de mi juventud marcado profundo en mi memoria, uno que no he podido borrar en sesenta años. Me siento en la cama y prendo la luz de la mesita de noche, abro el velador en busca de una pastilla que me permita volver a dormir, pero solo me encuentro con aquella alianza de matrimonio que preferiría no ver más.

Cajones

Coc

Trajinar cajones: mi infancia resumida en dos palabras. Podía estar horas viendo lo que esa vieja guardaba. La conocí un día, cuando estaba muy aburrida, explorando la casa. Ella era mucho mayor que yo. Por fuera, su aspecto siempre impecable, luminoso, reflejaba tu propia imagen cuando te acercabas; además, tenía una resistencia intachable, amorosa y cálida. Su color era un café con gusto a antigüedad; sus piernas, largas y firmes como hierro. Era admirable su desplante.

A veces me dejaba ver los cajones, que por dentro eran un tormento de curiosidades, un micromundo de objetos sin sentido: pedazos de juguetes que, al unir distintas piezas, creaban otro; joyas baratas como collares de perlas blancas con pintura corroída; anillos que usaba en todos mis dedos —algunos eran como un hula hula, y otros solo me quedaban en el meñique—. Había polvo que se internaba en rincones inalcanzables a la vista; papeles estrictamente doblados, como boletas de años que tuvieron su importancia y se atesoraron, adquiriendo tonalidades amarillas y perdieron sus letras. Lápices usados por quién sabe quién; joyeros con diferentes formas y, dentro de ellos, clasificados: anillos, collares y aros. Había otros objetos sin sentido, como fósforos usados —quizás pensados para hacer manualidades algún día— y un pequeño costurero con agujas insertadas en una almohadilla blanda de terciopelo rojo, algunos hilos que bailaban entre ellos y pequeñas madejas de lana de colores. Todo lo que necesitaría una hormiga para construir un mundo gigante.

Viejita mía. Algunos la llamaban el peinador o el tocador.

Un personaje en la casa, que guardaba sus memorias y las mías. Eran largas las conversaciones que tenía con ella; era un dialogo exploración de

sonidos: los cajones producían un ruido que reconocía a distancia. Sus espejos se podían abrir y cerrar con bisagras que también sonaban, además de crear un efecto de deformación del reflejo.

Pasaba el tiempo, y ahí seguía. A veces, la luz del verano rebotaba en su espejo y me cegaba por segundos. En invierno, sus cajones estaban más duros, más tercos; el frío parecía apretar sus bisagras. Me gustaba pensar que envejecía conmigo. Que, si algún día yo dejaba de estar, ella también lo sentiría.

Había en ella un desorden ordenado, una lógica que solo el tiempo entendía. Recuerdo haber encontrado unas rayas atrás de un cajón, hechas con lápiz de cera rojo: un dibujo que me daba pistas de que hubo otras personas que interactuaron con ella.



Serie "Quedarse" N°2
2021 Lucía Canala

Almas entrelazadas por recuerdos

Luna Desrosiers

A veces, cuando los recuerdos de mi infancia comienzan a rondar mi mente inquieta, siento unas extrañas e inexplicables ganas de llorar. Pero no me malentiendan, no quiero llorar porque ese montaje de imágenes me provoque tristeza. Es más bien lo contrario, como cuando encuentras un álbum de fotos familiar lleno de polvo, guardado en una caja bajo la cómoda, esa que está en la casa desde mucho antes de que nacieras. La nostalgia abrumadora que te arrolla al dar vuelta la página y encontrarte con rostros que nunca has visto, pero que parecen familiares. ¿Solo a mí me pasa? Es como si mi alma estuviera de alguna forma conectada con esos extraños...

¡Bueno! Así veo pasar mi infancia pasar a través de mí: un cúmulo de sentimientos que no termino de comprender y que no puedo explicar bien, si no es mediante una descripción de mi estado físico: “Un calorcito en el pecho”, como diría mi abuelita... Es gracioso, porque yo no conocí a mi abuela materna, y, aun así, cuando hablo de ella, la gente piensa que inclusive éramos cercanas. Murió cuando mi mamá era joven, de un ACV; todo lo que sé de mi abuela son cosas que otras personas me han contado, la mayoría de las veces porque he hecho algo que les recuerda su figura... Deben pensar que eso es un poco extraño; cuando era pequeña también era raro para mí. “¿Por qué me comparan con alguien que ya no está?” pensaba. En ese entonces no era capaz de comprender lo importante que fue aquella mujer con la que comparto nombre. Sí, mi mami, para preservar siempre el recuerdo de la suya, me puso a mí, su primera hija, Mónica: un nombre detenido entre el pasado y el presente, que guarda huellas de distintas épocas. Pero mi madre nunca imaginó —o tal vez sí— que no solo compartiríamos nombre y linaje, porque grande fue su sorpresa cuando le dijeron que la fecha estimada de mi nacimiento era exactamente la misma

que el cumpleaños de mi abuela. Aunque finalmente nació una semana antes, esto nunca nos ha dejado de sorprender...

Tengo muchos recuerdos como este, que dan vueltas como hojas de un diario por mi cabeza: como aquella vez que mi tía dijo “cada día se parece más a la Mónica”, o cuando alguien trenzaba mi cabello y lo comparaba con el suyo. ¿Será que este próximo sentimiento al recordarla o al ver fotografías repletas de caras irreconocibles es solo nostalgia?

¿Se le puede llamar así a aquellas ganas de entrar en tales momentos y vivirlos como si fuera la primera vez? Ustedes deben creer que lo que digo no tiene sentido; a veces yo también creo que estoy loca. Pero... ¿existirá la pequeña posibilidad de que las almas no erosionen y, más bien, muten a nuevos cuerpos? Me gusta creer que es así, que cada persona contiene una esencia única y antigua, que nos hace apreciar cada momento y cosa, desde escuchar nuestra canción favorita hasta ver un verde pastizal bailando al son de la brisa, y recordar esto como si fuera una película antigua que comienza en la infancia.

Desde el rincón

Efímera

Una mañana más.

La luz gris del invierno se cuela por las ventanas como una promesa incumplida. Entro en la habitación, la misma que parece no tener propósito claro, la misma a la que entro día tras día. Ahí conviven los objetos que han dejado de tener nombre: una trotadora sin uso, herramientas oxidadas, cajas, un montón de cajas con un contenido que prefiero ignorar y sacos de comida que, por ahora, justifican mi entrada.

Mis perros me siguen con pasos livianos, festivos. Me observan con esa fidelidad ajenos a la melancolía del ambiente, tan ajenos, que duele. Sirvo dos platos, uno para cada uno, y ellos esperan, inmóviles, hasta que les doy la señal. Se lanzan con voracidad a cumplir su misión diaria.

Y entonces lo siento.

Esa presencia. Esa mirada muda que me observa desde un rincón.

Inmóvil, pero tensa. Paciente, pero cargada de juicio.

No me atrevo a mirarla del todo. Me basta con saber que está ahí, siempre está ahí.

Han pasado ya dos años desde que apareció. Desde que yo la hice aparecer.

Y desde entonces, cada día, me repito que mañana será distinto, engañándome a mi misma y a esos ojos.

Comienza el día. Ducha. Café. Tráfico.

Gente. Gente. Y más gente. Voces, notificaciones, órdenes.

Vuelvo a casa. Vuelvo a la habitación, vuelvo al rincón.

La misma habitación, los mismos ojos.

Y yo, cada vez un poco más ajena a mí misma, cada vez más lejana a lo que fui, a lo que me entregaron.

Me duele, sin saber bien por qué. O quizás sí lo sé, pero prefiero no decirlo en voz alta.

Esa noche, caigo rendida. Pero algo me mantiene despierta hasta que logro, luego de una gran lucha con mis pensamientos, dormirme por fin.

Amanece. Otra vez.

Una vez arriba arrastro los pies hasta la habitación, pero esta vez no levanto la vista.

Sirvo los platos con resignación, hay una constante presión que sólo se incrementa.

Siento los ojos fijos en mí, como si supieran lo que estoy postergando, lo que estoy abandonando.

El día transcurre, pero ya no puedo ignorarlo.

Esa mirada me persigue. Está en el reflejo de la pantalla. En el sonido del teclado. En el silencio de mi espalda y en mis recuerdos, sí, en los recuerdos de un pasado en familia, uno que hoy, añoro en secreto, en lo más recóndito de mi ser.

Algo dentro de mí pide ser escuchado.

Algo me dice que ya no hay más tiempo.

Esa noche, impulsada por una fuerza que no me pertenece del todo, vuelvo a aquel rincón.

La luz tenue apenas alcanza para dibujar su contorno.

Los ojos, quietos.

Esos ojos que conozco a la perfección.

El resto... incompleto.

Tomo los pinceles. Siento el temblor en los dedos. Solo con empuñarlos recuerdo aquellas tardes en que pertenecí una vez a un hogar, un hogar lleno de arte y felicidad.

Abro los frascos de pintura reseca, los que encontré en esas cajas tantos meses ignoradas, intento recuperar los colores del fuego, de la pasión, del instinto. De todo aquello que me enseñaron desde mi infancia, aquello que formó parte de mi, de mi madre, de mi hermana, de mi abuelo, ese arte que pasó generación tras generación, ese don intrínseco.

Estoy por trazar la primera línea. Por volver a respirar, para hacer del recuerdo de un pasado hermoso, algo presente.

Y suena el teléfono.

Una reunión. Urgente. Ineludible.

Trabajo. Siempre el trabajo.

Miro el lienzo.

Miro esos ojos que yo misma pinté, y que sin embargo ahora me juzgan como si fueran reales. Me juzgan por fallarle a mi niña interior, mi pequeña artista, por hacerlo otra vez, negar lo que soy, lo que fui, lo que me enseñaron a ser y lo que me gustaría ser.

Guardo los pinceles. Apago la luz.

Y dejo, una vez más, al tigre incompleto.

Esperando.

Como yo.



Serie "Quedarse" N°1 2021
Lucía Canala

El Techo

Coc

Había bebido un par de cervezas esa noche y me dormí después de pasar mucho tiempo viendo TikTok. Sentía un poco de calor, el cuello sudoroso y los pies muy fríos. Me dolía la espalda y los huesos los sentía húmedos; quisiera secarlos y luego volver a ponerlos en su lugar.

Sin poder dormir, la habitación a penumbras, con una lámpara de luz cálida encendida, pintaba la pared con tristeza, ya que el color de esta no aportaba mucho a su luminosidad.

Me disgustan las paredes con papel mural amarillento de los años noventa, con patrones anticuados y olor a cigarrillo descompuesto, fumado por alguna persona con gustos excéntricos y amante de los inciensos baratos. Mi hiperosmia no me ayudaba en este momento. Para distraerme, adopté una postura de soldado, tumbado en la cama con el pecho hacia arriba. Observé la habitación, aún sin darme cuenta de mi propia existencia.

El techo está lleno de tablas blancas clavadas de forma malhumorada, como si el trabajador estuviera pasando un mal día y se desquitara con las gruesas tablas. Entre las tablas veo un hueco muy oscuro; cualquier araña podría tener su casa de lujo, pero lo que percibo va más allá. Algo blanco se mueve, algo blando y brillante.

—¿Quién eres?

No tengo respuesta. Pienso que el efecto del alcohol me hace hablar con los objetos. Entrecierro los ojos para enfocar la mirada y veo un par de ojos. Mis pensamientos luchan entre sí por una respuesta lógica. Tengo curiosidad, miedo y desaprobación al punto de sentir asco.

—¿Quién eres? Sal de ahí, ya te vi.

Menciono las últimas palabras con el mismo tono del inspector de mi colegio, agregando una mirada desafiante y un guiño en las cejas.

Las tablas clavadas en mi habitación se abren y un gran cuadrado de aproximadamente cien por ochenta centímetros aparece en medio de mi techo. Se divisa un color fucsia chillón con verde. Pero no solo eso: eran dos niñas de quince años observándome con rostros neutrales, mientras yo, inerte y con miedo.

—¿Quiénes son ustedes y qué mierda hacen ahí mirándome?

—Estamos aquí desde hace 4 días.

Lo mencionan con una tranquilidad irritante.

—Pero, ¿qué hacen en el puto techo?

—Pues, observando. Lo sentimos, pero no teníamos nada más que hacer.

La primera que mencionó su estadía en mi techo era una joven rubia con ojos azules y mirada fuerte, vestida con unos jeans, polera rosada y zapatillas deportivas blancas. La segunda era una joven con ascendencia asiática, pelo largo y ojos marrones profundos. Su vestimenta era deportiva en tonos grises. Ambas no exponían la mínima preocupación por su juego.

Comenzamos a entablar una conversación de lo más trivial.

—Bueno, ya que estamos aquí ¿cuáles son sus nombres?

—Yo me llamo Marcela.

—Y yo Yin Yu-gu.

—Y si tienes dudas, ambas somos chilenas. Odio ese tipo de preguntas.

Resaltó de forma concisa las últimas palabras sin parpadear y fijando la mirada.

—Estamos aquí porque descubrimos un hoyo en nuestro piso y desde ese

momento ha sido bastante divertido observar tu decadencia.

Lo agrego con un tono descarado, entrometido y tan punzante en mi cerebro desgastado.

Hace un día me abandonó y se divorció de mí la motivación. Mi dormitorio era un desastre y me odiaba, pero en mi círculo nadie lo sabía. Pero ellas ahora lo sabían.

...

Suena el timbre del departamento: era Yin Yu-gu con un regalo de disculpas por haber observado en mi habitación, envuelto en un papel marrón y una cinta amarillenta.

La invité a pasar y le presenté a mi mamá, quien la saludó con un gesto rarísimo pero educado.

—Bueno, quería pedir disculpas por lo sucedido.

—Mmm.

Creo que aquellas disculpas fueron sinceras, ella parecía muy dulce. Intentaré cambiar el tema.

—Y, ¿a qué te dedicas?

—Soy enfermera en el Hospital San José, el nuevo.

Recalca dos veces la última palabra. Pensé que tenía menos edad, quizás por la distancia y la oscuridad no lo notaba. Ahora tengo más dudas sobre el caso: ¿por qué una persona adulta haría eso?

—¿Y tu compañera trabaja?

—Prefiero no hablar de ella

Tenía el descaro de no aceptar ni siquiera las condiciones de un diálogo normal. Luego de una pausa sonrió y agregó:

—Mañana tengo un turno de 12 horas, y sabes, es fascinante sentirte tan cansada por hacer algo que amas. Considero a mis pacientes grandes sabios que vienen destinados por misiones de vida a sanar sus heridas físicas y mentales.

Agregó con un tono aún más extraño. Apenas mencionó la palabra “misiones”.

A medida que pasaba el transcurso de las conversaciones, crecía una extraña complicidad, un poco absurda por la situación, pero bastante familiar. Es como si hubiese vivido esto un par de veces.

Mi mamá padece Alzheimer, por lo que su mente y cuerpo se van deteriorando cada vez más, y con ello, mi motivación y sentido de vida. Como Yin era enfermera, quizás entendía el dolor que sentía al convivir todo el tiempo con la muerte.

Continuó toda la noche hablando sobre lo fascinante de su trabajo, mientras yo pensaba en el alivio de escuchar y no tener que ser yo quien hablara. Fue amable y explicó la situación como algo común

Tocaron el timbre, abrí la puerta y era el maestro para reparar el agujero; Yin se despidió.

...

—Chicas, no deberían volver a hacer esto

Ellas no responden y continúan observándome. El maestro saluda a las jóvenes y me mira con confusión. Sonreí de forma irónica, sin mostrar los dientes.

—Oye Yin, fue un gusto haber pasado el día contigo.

Yin me mira con desprecio y responde:

—No me he movido de aquí en todo el día.

Una sensación de miedo y frío me invade.

El maestro desaparece.

...

Vuelvo a despertar en mi cama, grito. Una voz suave desde lejos se escucha susurrar:

—Mi paciente lleva cinco días mirando el techo.

La línea que quedó recta

*¿Por qué he de existir, si de morir
no sé vivir?*

En cada espacio te veo:

tu pelo rojo con raíces ceniza;

labios pintados intensos de escarlata;

colores vivos de tus atuendos,

capaces de curar mi tristeza.

Tu ida no fue solo conmovedora;

sino la caída del pilar que sostenía nuestra familia.

Tu hogar quebró en pena

realizando el altar que nos dejaste

con una sonrisa en el cuadro

quien ahora es muda,

[sin transmitir el calor de la suavidad]

de tu delicadeza y ternura.

Sigo viéndote, pero solo en recuerdos,

en tus roscas y queques,

en la masa de calzones rotos que me hacías amasar,
en las manos de tu hija
y en el silencio de tu sombra.

8 de enero de 2025, 03:34 a.m.

El monitor quedó en línea recta,
tu corazón dejó de luchar.

Tu piel [fría],
tornándose en color violeta.

[Nuestras almas se corrompieron,
mi alma quedó en pena]

El tiempo se detuvo,
tu esencia camina aún por la casa,
en tus decoraciones,
tus medicamentos a tu nombre,
el olor al horno que temo encender
[porque desarma mis lágrimas.

No entiendo aún.

Cuesta imaginar ya no oler tu aroma.

Con el olor a cazuela de pollo recién hecha,
el que escondas los dulces para mí en tu clóset,
para que mis hermanos no se los comieran.

El llegar a casa con la taza invertida
y el pan envuelto en servilleta,
después de salir a autodestruirme,
— carretes, vicios y placeres momentáneos —
son los recuerdos que emanaban tu amor hacia mí,
con todo el catastro mental que conllevaba,
esa pequeña acción
condenaba mi angustiada alma.

Hoy, el mueble que adoraste alguna vez,
se convirtió en un altar.
Una vela roja la acompaña.
Y aunque estás aquí, ya no te veo.
Tu esencia quedó,
pero en carne y hueso desvaneció.

Fuiste fuerte hasta el final.
Yo,
que no creo en entidades religiosas,

rogué a tu Dios que dejara quedarte

[al menos hasta año nuevo].

Por la tradición de las uvas verdes y lentejas

— abundancia en dinero y fortuna —,

las decoraciones que comprabas en el centro de Antofagasta

para que todos saliéramos amononados,

contigo en el centro de la foto.

Perdóname por no poder.

Por no apresurarme en llevarte a la playa,

no alcancé a teñirte el pelo,

ni cortarte el cabello como te gustaba.

Perdí tiempo luchando con el sistema público,

un sistema que no supo valorar tu vida,

negligencias por doquier;

que no diferí que

/tú/

comenzabas a sosegarte.

Tu enfermedad te cambió,
la muerte llegó antes de la muerte.

La Isabel que conocimos

se diluyó entre agujas y noches en vela.

Tu alma estaba cansada.

Yo también.

Soy el pilar de mi familia sorda,
cargué una mochila llena de rabia,
/intentando protegerte de todo,

sabiendo en el fondo

que no podía salvarte del final.

Sin embargo,

aprendí.

Mi carácter no es el mismo.

Mi rabia se volvió en resiliencia,
y la tristeza, en ternura/.

Prometí no irme contigo

hasta terminar mi tarea en esta vida.

Sigo aquí.

Sigo llorándote.

Pero también aprendí a sostenerme sola,
[sintiéndote en cada rincón de mi interior.

Fuiste ángel en tierra,
y ahora
una estrella en el cielo.

Mis alas son por ti.
Me esfuerzo cada día por no olvidar
cómo se reparte el amor en un mundo que lo ha olvidado.

La empatía que me regalaste
camina conmigo.
Es un privilegio obtenerla
y una promesa que
— día a día —,
la perfecciono.

Saldré de esta, abuelita.
Trabajaré en mi identidad
[por ti
y por mis seres queridos.

Saldré de esta, mami.

Aunque el horno es desusado

— por miedo a romper mis recuerdos —,

aunque el pan se lo llevaron,

aunque ya nada es como antes

demostraste que el amor se demuestra en las pequeñas cosas
que da.

~~Y a pesar de que la línea se tornó horizontal,~~

te sigo amando

hasta el fin de los tiempos.

Con amor;

[Walala].



Serie "Quedarse" N°3 2021
Lucía Canala

Mamá no es Violeta ni Roberto Parra

Mamá no es Violeta ni Roberto Parra,
pero se las pasa rimando,
no más le falta la guitarra.

Bien cansá, sigue subiendo, a pata pelá,
y en filita detrás, seis tachuelas bien portás.
Ella las cuida con su vida,
las ama, y por eso sigue rimando viva...

Siempre contando canciones más que cuentos,
porque las canciones son realidades con sentimiento',
y los cuentos, los deja pal
entretenimiento.

Algunas veces las tachuelita'
riman como en casa, y así afrontan la vidita.
Muchas veces, las tachuelita'
toman cada palabra y asustadas, tiritan.
Pero se afirman del momento, la guitarra y el sentimiento,

para cantar todo lo que llevan bien adentro.
Todas las veces, las tachuelita'
encuentran paz en las rimas de su mamita.
Siempre quedarán en la tradición familiar,
una reliquia, una forma de soltar,
una manera de mostrar lo que uno tiene dentro,
con mucho amor, sinceridad y pensamiento.

Constanza Francisca Aguilar Muñoz

Sin título

Joaquín Nieto

Desde que tengo uso de razón fui obeso. Eso nunca fue un problema para mí; me encantaban las empanadas y la cajita feliz. Mi juguete favorito vino en la cajita: era Pepe el pollo con su tabla de surf de la película “Reyes de las olas”. Nunca he visto esa película.

En tercero básico me cambié de colegio, a uno de curas. Cuando fui a comprar el uniforme, mi mamá me tuvo que comprar un sweater talla L y pantalones talla 52. Después fuimos donde una modista que tenía que hacerle la basta a los pantalones porque me quedaban muy largos. No me gustaba ir comprar ropa porque sabía que lo que me pusiera me iba a quedar o largo o apretado.

Me acuerdo que el primer día de clases estaban todos mis compañeros felices porque veían a sus amigos después de las vacaciones. Yo me puse a llorar porque extrañaba a mi mamá. En el colegio siempre me miraban raro y pocos compañeros me integraron. De todas maneras, me hice amigo de un chico que se llamaba Rodrigo, tan amable que siempre me convidaba de su almuerzo.

Aún es mi amigo.

Mis papás me daban 400 pesos todos los días, que me alcanzaba para comprar un pan de ave mayo que la tía del negocio calentaba en el microondas. Mayonesa caliente. Asquerosamente rico para mi yo de 8 años.

Después de un tiempo, algunos compañeros me empezaron a llamar “El guatón de la fruta” en el curso. Unos chicos de un curso más grande me decían “el niño tetón” —los weones ocurrentes—. Una vez, un compañero me dijo “Guatón de la fruta” con tanta mala intención que me enojé, tomé

su cabeza y le pegué un cabezazo en la nariz. Me dejaron condicional. Desde ese momento no me gusta pegarle a la gente.

La inspectora me dijo que “cómo se me ocurría hacer eso, que pude quebrarle la nariz”. Nunca dijo nada sobre el apodo que me pusieron. Mi mamá, cuando se lo conté, me dijo: “Bien hecho nomás, que se cree ese cabro weón”.

Yo era ese compañero que siempre andaba con parka, aunque estuviera muerto de calor y sudando. No me gustaba la idea de que se me marcara la guata.

Me acuerdo que en ese tiempo aprendí a andar solo en micro. Siempre me sentaba al fondo, al lado de la puerta de atrás, porque ahí no llegaban los viejitos a pedir el asiento. Pero eso daba lo mismo, porque aunque la micro estuviese llena con gente de pie, muy poca gente se sentaba al lado mío, ya que yo usaba un asiento y medio por mi contextura.

Siempre que me siento en un sillón, uso un cojín para taparme la panza, a pesar de que ahora peso unos setenta kilos. Todavía me siento guatón, a pesar de que cuando voy a la feria el vendedor me dice: “¿Cuántos tomates va a llevar, flaquito? Las señoras son más cariñosas porque me dicen “Vecino”, aunque no vivo ahí, porque ¿cómo va a saber la señora donde vivo yo si yo no la conozco?

La primera vez que me dijeron flaco fue una señora en el supermercado que me pidió ayuda para que le alcanzara una mermelada que estaba muy alta; ella era bastante bajita. Fue super paradójico. Me sentí orgulloso.

Hoy en día, igual me da rabia cuando me dicen flaco. ¿No sé cómo pasé de un extremo a otro? Pero yo sigo siendo el mismo; mi envase cambió. La gente siempre se fija en el envase.

Dicen que tengo que levantarme a las cinco de la mañana, comprarme un Starbucks, ir al gimnasio, después a una sesión fotográfica, luego ir

al segundo entrenamiento del día y finalmente invertir en criptomonedas para ser exitoso. Yo quiero comer un ave mayo con mayonesa caliente.

Me recuerdan cómo debo ser físicamente todo el tiempo. ¿Según quién? Según Thor en un comercial de un perfume de Hugo Boss. Que se vaya a la chucha ese weón. Nunca se ha subido a una micro en Puerto Montt.

O según Instagram, que vende vidas perfectas y memes que poco a poco voy dejando de entender. Mark Zuckerberg, nunca te han dicho guatón de la fruta. Probablemente porque en Estados Unidos nadie conoce al guatón de la fruta.

Yo no sé quién es el ingeniero que hace los asientos de las micros tan chicos, pero dejaría mi disgusto por pegarle a la gente y le daría un palmazo. Seguro que esa persona nunca ha tenido que cortar un pantalón porque su cuerpo calza con los estándares de la industria textil.

Siempre me han dicho gordo o me han dicho flaco. Adjetivos que otros colocan en mí. Que se vayan a la mierda. Yo quiero que mi amigo Rodrigo me convide almuerzo, tomarnos una cerveza y contarle por milésima vez la misma historia de cuando Jorgito le rompió el water a Pablito Matamala en su cumpleaños y le tuvo que pedir a su vecina si podía cagar en su baño.

Rodrigo, a pesar de llamarse Rodrigo nunca me ha hecho la broma de “si me lo chupai te lo digo”. Es buena gente ese weón. Rodrigo nunca me ha dicho guatón ni flaco.

Porque un amigo es una luz.
Brillando en la oscuridad.
Siempre serás mi
amigo. No importa
nada más.

No importa donde
estás. Si vienes o si
vas.

La vida es un
camino. Un
camino para
andar.

Si hay algo que
esconder. O hay
algo que decir.

Siempre será un
amigo. El primero
en saber.

Porque siempre estarán en mí.
Esos buenos momentos que pasamos sin
saber. Que un amigo es una luz.

Brillando en la
oscuridad. Siempre
serás mi amigo. No
importa nada más.

Porque siempre estarán en mí.
Esos buenos momentos que pasamos sin
saber. Que un amigo es una luz.

Brillando en la
oscuridad. Siempre
serás mi amigo. No
importa nada más.

Para más letras dirigirse a www.acordes.lacuerda.net



Serie "Quedarse" N°4 2021
Lucía Canala

Los cajones que no abrimos

Sophia Abuhadba

Era una mañana fresca de enero. Me encontraba sentada a los pies de una cama que aún conservaba el olor de mi abuela; de fondo se escuchaba un reloj antiguo —de esos que suenan por cada segundo que avanza— marcando el tiempo con una puntualidad hiriente. Miré hacia mi izquierda y vi una mesa de noche con maquillaje, joyas y pinches, con un gran espejo antiguo. Me observé en él y noté mi mirada desgastada y mis hombros caídos, no podía creer que fuera la última vez que entraría a su habitación. Había ido a despedirme, pero no sabía si me despedía de ella o de mí.

Ella solía tener muchos cajones con llave, donde el acceso único le correspondía a ella, como si quisiera evitar que sus objetos —o sus secretos— cayeran en manos equivocadas. Siempre tuvo una selectividad que daba cuenta de que no todos eran dignos de conocer su mundo interior. De niña me intrigaba saber qué podría ser tan importante para ocultarlo; de adulta me aterraba la idea de descubrirlo. Aquella mañana, como era la última vez, sentí la necesidad de atreverme. Las llaves estaban en la mesa de noche y sentía que me llamaban, como si algo en mí supiera que era el momento. Abrí el primer cajón, el que siempre quise abrir.

Dentro encontré un pequeño frasco de pastillas, pero en lugar de medicamentos contenía mis dientes de leche. Recordé cómo solía convencerme se los diera a ella y no al ratoncito, asegurando que sus regalos serían mejores. Al lado, una foto nuestra: nos abrazábamos, acostadas en la cama, riendo con la despreocupación de otro tiempo. Ella parecía disfrutar de nuestra compañía; yo llevaba los moños chascones y ella, el cabello liso despeinado por apoyar la cabeza en las almohadas. La nostalgia era nor-

mal, pero dolía de vez en cuando.

También encontré sus joyas más llamativas, esas que sólo usaba en ocasiones especiales, algunos libros con recetas, un rosario en los que vienen enumerados los rezos. Entre todo eso, lo que más me intrigó fue una pila desordenada de papeles con anotaciones sueltas. En un principio no parecían tener importancia, pero uno, en particular, me llamó la atención: era una copia de una escritura antigua, la misma propiedad por la que todos callaban cuando preguntaba, el lugar donde me habían criado, mi hogar y espacio de desarrollo. En el reverso, reconocí la letra de mi tía, una nota firmada por ella, escrita con trazo torpe pero definitivo y firme. Entonces me enteré: ya todo era de mi tía.

Ella lo había sabido, ella lo había permitido. Y mi abuela, por otro lado, lo había escondido.

Había cajones que no se abrían por miedo a lo que podíamos encontrar ese día, abrí uno que ya no podía cerrar.

Esa mañana comprendí que abrir cajones es también abrir heridas, que hay memorias que se pliegan como cartas antiguas colmadas de polvo, con los bordes amarillentos y doblados por el tiempo y la cobardía. Me quedé sentada, con el documento entre las manos, mientras los rayos del sol comenzaban a filtrarse por la cortina y me encandilaban, iluminando el polvo suspendido en el aire, como si el pasado flotara ante mí, por fin visible. Volví a oler por si sentía el olor de mi abuela, pero la habitación tenía ese olor que solo dejan las personas que ya no están, entre una mezcla de talco, flores secas y algo más indefinible, una ausencia presente en cada rincón que se me atravesase.

Pensé en todo lo que no se dijo y en las oportunidades que hubo de hacerlo. En los silencios envueltos en cariño, en las medias verdades disfrazadas de supuesta protección. Me pregunté si lo había hecho por mí, por miedo, por vergüenza a quedar mal con mi tía... o quizá, por amor.

Porque a veces el amor también es eso: esconder lo que puede rompernos, aunque con ello también nos niegue la posibilidad de elegir. Creyendo que hacían una mejor elección, solo nos cubrían los ojos. Y ahora, yo sostenía los fragmentos de esa decisión entre los dedos.

Guardé el documento, no por miedo, sino porque sentí que ese no era el momento de exponerlo, sino de entenderlo. Decidí cerrar el cajón con una lentitud ritual y con eso eliminé mi incertidumbre, como si con ello sellara una parte de mi infancia, o de mi abuela. Me levanté, recorrí con la mano el borde de la cama una última vez, los cajones, la ropa, y supe que ya no era la misma que había entrado esa mañana.

Hay cajones que no abrimos porque tememos lo que contienen, pero hay otros que solo esperan ser abiertos por quien esté dispuesto a cargar con lo que hay dentro. Y yo, por primera vez, entendí que no se trataba solo de secretos, sino de asumir que crecer es también aprender a mirar lo que duele, lo que traiciona, lo que alguna vez nos amó a su manera.

Tedy

Alkaidstar

Cuando era pequeño, viajaba con mis padres desde Santiago para visitar a mi tía abuela, que vivía en un cerro de Valparaíso. Para llegar a su habitación, había que bajar una escalera muy empinada y angosta. Esa escalera daba miedo. Siendo niño, yo era como una hormiga frente a un acantilado inmenso. Pero mi miedo era aún más fuerte porque tenía problemas de percepción espacial. En ese entonces no sabía qué era, pero no podía calcular bien la distancia entre cada peldaño. La escalera, hecha de madera crujiente, parecía no tener fin ni seguridad; sentía mucha inestabilidad y cualquier error podía hacerme caer.

Yo tenía seis años y no hablaba, solo escribía para comunicarme. Nadie me inspiraba confianza. Nadie, excepto ella. Ella me abrazaba y me regalaba pequeños osos: llaveros, lápices, pulseras... Pero un día me dio un peluche café, con un chaleco rojo de lana y un gorrito. No venía envuelto ni llevaba tarjeta. Me lo entregó como quien entrega un tesoro. “Es Tedy”, pensé, y fue como si me diera un amigo.

La primera vez que bajé con él, sentí miedo. Las piernas me temblaban, sentía presión en el pecho y estuve a punto de llorar. Me quedé un momento quieto frente a la escalera. Entonces, le tomé fuerte la manito, como si me transmitiera su seguridad. Sentí su tacto suave en mi mano, y bajamos paso a paso, con cuidado. No me caí. Sentí que él me sostenía, como si una red invisible estuviese bajo mis pies. Con él al lado, podía hacerle frente.

Desde entonces, Tedy me acompañó en cada avance. Me vio hablar por primera vez, crecer, cambiar, reír, perder, frustrarme. Estuvo cuando todo daba miedo, cuando el mundo parecía alto como esa escalera. Su nariz comenzó a gastarse... solía mordérsela cuando me asustaba, pero nunca me

soltó. Era un refugio, una voz muda que decía “estás a salvo, no estás solo”.

Ahora duerme en mi cama, junto a todos los peluches que me han regalado a lo largo de los años. Me cuida cuando duermo, y cuando salgo, lo llevo en mi mochila, pegado al cuerpo. Me ayuda a enfrentar las escaleras, literal y simbólicamente. A veces lo abrazo en silencio, sin que nadie lo note, lo aprieto fuerte y respiro hondo.

Mi tía abuela murió de cáncer el año pasado. Pero antes me dejó una forma de amor que sigue aquí. Tedy me recuerda que hay objetos que abrazan, que acompañan, que marcan. Que a veces basta una manito de felpa para dar un paso que parecía imposible.



Serie "Quedarse" N°5 2021
Lucía Canala

Autores

Doris Escobar Carmona | *La silla de mi abuela*

Charlotte Van De Wyngard Moyano | *Señora Olivetti*

Joaquín Ordóñez Aravena | *Desde ese momento, se me detuvo el tiempo*

Cocó Javiera Santibáñez Aránguiz | *Cajones*

Cocó Javiera Santibáñez Aránguiz | *El techo*

Constanza Aguilar Muñoz | *Mi mamá no es Violeta ni Roberto Parra*

Diana Arancibia Torres | *La línea que quedó recta*

Fernanda Vergara Lillo | *Desde el rincón*

Joaquin Nieto Aracena | *Sin título*

Mónica Andrea Bernales Castro | *Alianza*

Mónica Andrea Bernales Castro | *Almas entrelazadas por recuerdos*

Sophia Abuhadba Medina | *Los Cajones que no abrimos*

Valentín Esteban Arismendi González | *Tedy*

Ilustradora

Lucía Canala-Echevarría Bauer (Santiago, 2000).

Es artista visual e ilustradora. Licenciada en Artes Visuales con mención en Pintura por la Universidad Finis Terrae, actualmente cursa el Diplomado en Gestión Cultural en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Su práctica se desarrolla entre la pintura, la ilustración y los oficios textiles, explorando la relación entre lo cotidiano, la materia y la imagen. A través de una mirada sensible y reflexiva, su obra busca revelar la poética contenida en los gestos y objetos del entorno.





*Ejercicio Verdaccio N°2 2020
Lucía Canala*



Universidad
Finis Terrae

finis
Universidad Finis Terrae CREA

finis | Licenciatura
Universidad Finis Terrae en Literatura